

y es que no te acuerdas; creo que están firmados por un tal Almendárez.

—Como si no—dijo,—tengo para eso tan mala memoria... Si son los que he oído recitar a mi prima... francamente, me parecen mejor cantados por estas señoritas. Tenga usted la bondad de decirlos—agregó dirigiéndose a María.

Esta, sonriendo, preguntó a Emma:

—¿Cómo empieza el primero?... ¡A mí se me olvidan. Dílos tú, que los sabes bien.

—Pero usted acaba de cantarlos—observó Carlos,—y recitarlos es más fácil; por malos que fueran, dichos por usted serían buenos.

María los repitió; mas al llegar a la última estrofa, la voz era casi trémula.

Carlos le dió las gracias, agregando:

—Ahora sí, estoy casi seguro de haberlos oídos antes.

—¡Toma!—me decía yo:—de lo que Carlos está cierto es de haber visto todos los días lo que estos versos pintan; pero sin caer en la cuenta de ello, como ve su reloj, sin fijarse,

XXIV

Llegó la hora de retirarnos, y temiendo yo que se me hubiese preparado cama en el mismo cuarto que a Carlos, me dirigí al mío; de él salían en aquel momento mi madre y María.

—Yo podré dormir solo aquí, ¿no es verdad?—pregunté a la primera, quien comprendiendo el motivo de la pregunta, respondió:

—No; tu amigo.

—¡Ah! sí, las flores—dije viendo las de mi florero, puestas en él por la mañana y que llevaban en un pañuelo María.—¿A dónde las llevas?

—Al oratorio, porque como no ha habido tiempo para poner otras allí...

Le agradecí sobremanera la fineza de no permitir que las flores destinadas por ella para mi

adornasen esta noche mi cuarto, estuviesen al alcance de otro. Pero ella había dejado el ramo de azucenas que yo había traído aquella tarde de la montaña, a pesar de estar muy visible; sobre mi mesa. Cayendo en cuenta de ello, se las presenté, diciéndole:

—Lleva también estas azucenas para el altar. Tránsito me las dió para ti, al recordarme te avisara que te había elegido para madrina de su matrimonio. Y como todos debemos rogar por su felicidad...

—Sí, sí—me respondió,—¿conque quiere que yo sea su madrina?—añadió como consolando a mi madre.

—Eso es muy natural—la dijo ésta.

—¡Y yo que tengo un traje tan lindo para ese día! Es necesario que le digas que yo me he puesto muy contenta al saber que nos... que me ha preferido para su madrina.

Mis hermanos, Felipe y el que le seguía, recibieron con sorpresa y placer la noticia de que pasaría la noche en el mismo cuarto que ellos. Habíanse acomodado los dos en una de sus camas para que me sirviera la de Felipe; en las cortinas de ésta había prendido María el medallón de la Dolorosa, que estaba en las de mi cuarto. Luego que los niños rezaron arrodilladitos en su cama, me dieron las buenas noches y se durmieron después de haberse reído de los miedos que mutuamente se metían con la cabeza del tigre. Aquella noche no sólo estaba conmigo la imagen de María: los ángeles de la casa dormían cerca de mí, y al despuntar el día vendría ella a llamarlos para peinarlos y besar sus mejillas, después de haberles bañado los rostros con sus manos blancas y perfumadas como las rosas de Castilla, que ellos recogían para el altar y para ella.

XXV

Despertóme al amanecer el cuchicheo de los niños, que en vano se estimulaban a respetar mi sueño. Las palomas cogidas en esos días y que alicortadas obligaban ellos a permanecer en baños vacíos, gemían espiando los primeros rayos de luz que penetraban en el aposento por las rendijas.

—No abras—decía Felipe,—no abras, que mi hermano está dormido y se salen las cuncanas.

—Pero si María nos llamó ya—replicó el chiquito.

—No hay tal; yo estoy despierto hace rato y no ha llamado.

—Sí; ya sé lo que quieres; irte corriendo primero que yo a la quebrada para decir luego que sólo en tus anzuelos han caído «negros».

—Como a mí me cuesta mi trabajo ponerlos bien...—le interrumpió Felipe.

—¡Mira qué gracia! Si es Juan Ángel quien te los pone en los charcos buenos.

E insistía en abrir.

—No abras—replicó Felipe enfadado ya,—aguárdame, veré si Efraín está dormido.

Y diciendo esto, se acercó de puntillas a mi cama.

Tomélo entonces por el brazo, diciéndole:

—¡Ah, bribón! ¡conque le quitas los pescados al chiquito!

Riéronse ambos y se acercaron a entablar la demanda respetuosamente. Quedó todo arreglado con la promesa que les hice de que por la tarde iría yo a presenciar la postura de los anzuelos. Levantéme, y dejándoles atareados en encarcelar las palomas que aleteaban buscando salida al pie de la puerta, atravesé el jardín. Los azahares, albahacas y rosas daban a las brisas sus más delicados aromas; al sentirse acariciados por los

primeros rayos del sol, que se asomaba ya sobre la cumbre de Morrillos, esparciendo hasta el cenit azul pequeñas nubes de rosa y oro. Al pasar por frente de Emma, oí que hablaban, interrumpiéndose para reír, ella y María. Producían sus voces, con especialidad la de María, por el susurro inimitable de sus eses, algo parecido al ruido que formaban las palomas y azulejos al despertarse en los follajes de los naranjos y madroños del huerto. Conversaban bajo don Jerónimo y Carlos, paseándose por el corredor de sus cuartos, cuando salté el vallado del huerto para caer al patio exterior.

—¡Opa!—dijo el señor M***,—madruga usted como un buen hacendado. Yo creí que era tan dormiloncito como su amigo cuando vino de Bogotá; pero quien vive conmigo tiene que acostumbrarse a mañanear.

Seguí haciendo una larga enumeración de las ventajas que proporciona el dormir poco, a todo lo cual podría habersele contestado que lo que él llamaba dormir poco, no era otra cosa que dormir mucho empezando temprano, pues confesaba que tenía por hábito acostarse a las siete o las ocho de la noche, para evitar la jaqueca. La llegada de Braulio, a quien Juan Ángel había ido a llamar en la madrugada, cumpliendo la orden que le dí por la noche, nos privó de la satisfacción de disfrutar el final del discurso del señor de M***.

Traía Braulio un par de perros, en los cuales no habría sido fácil, a otro menos conocedor de ellos que yo, reconocer los héroes de nuestra cacería del día anterior. Mayo gruñó al verles, y vino a esconderse tras de mí, con muestras de antipatía invencible, él, con su blanca piel todavía hermosa, las orejas caídas y el ceño y mirar severo, dábase ante los lajeros del montañés un aire aristocrático imponderable. Braulio saludó humildemente y se acercó a preguntarme por la familia, a tiempo que yo le tendía la mano con

afecto. Sus perros me hicieron agasajos en prueba de que les era más simpático que Mayo.

—Tendremos ocasión de ensayar tu escopeta—dije a Carlos.—He mandado a pedir dos perros muy buenos a Santa Elena, y aquí tienes un conpañero, con el cual no tienen burlas los venados, y dos cachorros muy diestros.

—¿Esos?—preguntó desdeñosamente Carlos.

—¿Con tales «chandosos»?—agregó don Jerónimo.

—Sí, señor, con los mismos.

—Lo veré y no lo creeré—contestó el señor de M***, emprendiendo de nuevo sus paseos.

Acababan de traernos el café y obligué a Braulio a que aceptase la taza destinada para mí. Carlos y su padre no disimularon la extrañeza que les causó mi cortesía para con el montañés. Poco después, el señor de M*** y mi padre montaron para ir a visitar los trabajos de la hacienda. Braulio, Carlos y yo, nos dedicamos a preparar las escopetas y a graduar la carga que mi amigo quería ensayar. Estábamos en ello, cuando mi madre me hizo saber disimuladamente que quería hablarme. Me esperaba en su costurero. María y mi hermana estaban en el baño. Haciéndome sentar cerca de ella, me dijo:

—Tu padre insiste en que se dé cuenta a María de la presentación de Carlos. ¿Crees tú también que debe hacerse así?

—Creo que debe hacerse lo que mi padre disponga.

—Se me figura que opinas de esa manera por obedecerle, no porque deje de impresionarte que se tome esa resolución.

—He ofrecido observar esa conducta. Por otra parte, María no es aún mi prometida y se halla en libertad para decidir lo que le parezca. Ofrecí no decirle nada de lo convenido con ustedes, y lo he cumplido.

—Yo temo que la emoción que va a causarle a María el imaginarse que tu padre y yo estamos lejos de aprobar lo que pasa entre vosotros, le

haga mucho mal. No ha querido tu padre hablar al señor de M*** de la enfermedad de María, temeroso de que se estime eso como un pretexto de repulsa; y como él y su hijo saben que ella posee un dote... lo demás no quiero decirlo, pero tú lo comprendes. ¿Qué debemos hacer, pues? dilo tú, para que María no piense ni remotamente que nosotros nos oponemos a que sea tu esposa, sin dejar yo de cumplir al mismo tiempo con lo prevenido últimamente con tu padre.

—Tan sólo hay un medio.

—¿Cuál?

—Voy a decirselo a usted, y me prometo que lo aprobaré; le suplico desde ahora que lo apruebe. Revelémosle a María el secreto que mi padre ha impuesto sobre el consentimiento que me tiene dado de ver en ella a la que debe ser mi esposa. Yo le ofrezco a usted que seré prudente y que nada dejaremos notar a mi padre que pueda hacerla comprender esta incidencia necesaria. ¿Podré yo seguir guardando esa conducta que él exige sin ocasionar a María penas que le harán mayor daño que confesarlo todo? Confíe usted en mí: ¿no es verdad que hay imposibilidad para hacer lo que mi padre desea? ¿Usted no lo ve, no lo cree así?

Mi madre guardó silencio unos instantes, y luego, sonriendo de la manera más cariñosa, dijo:

—Bueno; pero con tal que no olvides que no debes prometerla sino aquello que puedas cumplir. ¿Y cómo le hablaré de la propuesta de Carlos?

—Como hablaría a Emma en idéntico caso; y diciéndole después lo que me ha prometido manifestarle. Si no estoy engañado, las primeras palabras de usted la harán experimentar una impresión dolorosa, pues que ellas le darán motivo para temer que usted y mi padre se opongan decididamente a nuestro enlace. Ella oyó lo que hablaron alguna vez sobre su enfermedad, y sólo el trato afable que usted ha seguido dándole y la conversación habida ayer entre ella y yo le

María.—7

han vuelto la esperanza. Olvídese de mí al hacerle las reflexiones indispensables sobre la propuesta de Carlos. Yo estaré escuchando lo que hablen tras los bastidores de esa puerta.

Era ésta la del oratorio de mi madre.

—¿Tú?—me preguntó admirada.

—Sí, señora, yo.

—¿Y para qué valerte de este engaño?

—María se complacerá en que así lo haya hecho en vista de los resultados.

—¿Cuál resultado te prometes, pues?

—Saber todo lo que ella es capaz de hacer por mí.

—Pero, ¿no sería mejor, si es que quieres oír lo que va a decirme, que ignore siempre ella que tú lo oíste y yo lo consentí?

—Sí será, si usted lo desea.

—Mala cara tienes tú de cumplir eso.

—Yo le ruego a usted que no se oponga.

—Pero, ¿no estás viendo que hacer lo que pretendes, si ella llega a saberlo, es nada menos que prometerle yo una cosa que por desgracia no sé si pueda cumplirle, puesto que en caso de aparecer nuevamente la enfermedad, tu padre se opondría a tu matrimonio con ella, y tendría yo que hacerlo también?

—Ella lo sabe; ella no consentiría nunca en ser mi esposa, si ese mal reaparece. Mas, ha olvidado usted lo que dijo el médico.

—Haz, pues, lo que quieras.

—Oiga usted su voz; ya están aquí. Cuide de que a Emma no vaya a ocurrírsele entrar al oratorio.

María entró sonrosada y riendo aún de lo que había venido conversando con Emma. Atravesó con paso leve y casi infantil el aposento de mi madre, a quien no descubrió sino cuando iba a entrar en el suyo.

—¡Ah!—exclamó.—¿Estaba usted aquí?

Y acercándose a ella, prosiguió:

—¡Pero qué pálida está! ¿se siente mal de la

cabeza? ¿no? Si usted hubiese tomado un baño... ¿a mejora eso tanto...

—No, no; estoy buena; pero es que te esperaba para hablarte a solas; y como se trata de algo grave, temo que todo ello pueda producirte una mala impresión.

María fijó en mi madre una mirada brillante, y palideciendo, la respondió:

—¿Qué será? ¿qué es?

—Siéntate aquí—la dijo mi madre señalándole un taburetico que tenía a sus pies.

Sentóse, y esforzándose inútilmente en sonreír, su rostro asumió una expresión de gravedad encantadora.

—Diga usted ya—dijo, como tratando de dominar la emoción, pasándose entrambas manos por la frente y asegurando en seguida con ellas el peine de carey dorado que sostenía sus cabellos en un grueso y luciente cordón que ceñía las sienas.

—Voy a hablarte de la manera misma que hablaría a Emma en igual circunstancia.

—Sí, señora, ya oigo.

—Tu papá me ha encargado te diga que el señor de M*** ha pedido tu mano para su hijo Carlos...

—¡Yo!—exclamó asombrada y haciendo un movimiento involuntario para ponerse en pie; pero volviendo a caer en su asiento, se cubrió el rostro con las manos, y oí que sollozaba.

—¿Qué debo decirle, María?

—¿El le ha mandado a usted que me lo diga?—le preguntó con voz ahogada.

—Sí, hija, y ha cumplido con su deber haciéndotelo saber.

—Pero usted, ¿por qué me lo dice?

—¿Y qué querías que yo hiciera?

—¡Ah! decirle que yo no... que yo no puedo... que no... que yo no.

Después de un instante, alzándose al ver a mi madre, que sin poderlo evitar lloraba con ella, le dijo:

CAPÍTULO V
EMMA Y CARLOS

—Todos lo saben, ¿no es verdad? Todos han querido que usted me lo diga.

—Sí, todos lo saben, menos Emma.

—Solamente ella... ¡Dios mío! ¡Dios mío!—añadió, ocultando la cabeza entre los brazos, que apoyaba sobre las rodillas de mi madre.

Así permaneció breves momentos.

—He hecho mal en llorar así, ¿no es cierto? yo creí...

Levantando luego su pálido rostro, rociado por una lluvia de lágrimas:

—Bueno—dijo,—ya usted cumplió; todo lo sé ya.

—Pero María—la interrumpió dulcemente mi madre,—¿es, pues, tanta desgracia, que Carlos quiera ser tu esposo?

—Yo le ruego... yo no quiero; yo no necesito saber más. ¿Conque han dejado que usted me lo proponga?... ¿todos, todos lo han consentido? Pues yo digo—agregó con voz enérgica, a pesar de sus sollozos,—que antes de consentir en eso, me moriré. ¡Ah! ¿Ese señor no sabe que yo tengo la misma enfermedad que mató a mi madre, siendo aún muy joven?... ¡Ah! ¿Qué haré yo ahora sin ella?

—¿Y no estoy yo aquí? ¿no te quiero con toda mi alma?

Mi madre era menos fuerte que ella pensaba. Por mis mejillas rodaban lágrimas que sentía gotear ardientes sobre mis manos yertas que apoyaba en uno de los botones de la puerta tras la cual me ocultaba. María respondió a mi madre:

—Pero, entonces, ¿por qué me propone usted eso?

—Porque era necesario que ese «no» saliera de tus labios, aunque supiera yo que lo dirías.

—Y solamente usted supuso que lo diría yo ¿no es así?

—Tal vez algún otro lo supiera también. Si supieras cuánto dolor, cuántos desvelos le ha causado este asunto al que tú juzgas más culpable.

—¿A papá?—dijo menos pálida ya.

—No, a Efraín.

María exhaló un débil grito, y dejando caer la cabeza sobre el regazo de mi madre, se quedó inmóvil. Esta abrió los ojos para llamarme, cuando María púsose en pie y dijo casi sonriente y volviendo a asegurarse los cabellos con las manos temblorosas:

—He hecho mal en llorar así, ¿no es cierto?

—Cálmate y enjúgate esas lágrimas: quiero volver a verte tan contenta como entraste. Debes estimar la caballerosidad de su conducta.

—Sí, señora. Que no note que he llorado—decía enjugándose con el pañuelo de mi madre.

—¿No ha hecho bien Efraín en consentir que te lo dijera todo?

—Tal vez...

—Pero lo dices de un modo... Tu papá le puso por condición, aunque no era necesario, que dejara decidir libremente en este caso.

—¿Condición? ¿condición para qué?

—Le exigió que no te dijese nunca que sabíamos y consentíamos lo que entre vosotros pasa.

Las mejillas de María se tifieron, al oír esto, del más suave encarnado; así, salpicadas de lágrimas, eran idénticas a aquellas rosas frescas humedecidas de rocío, que recogía para mí por las mañanas. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

—¿Por qué le exigía eso?—dijo al fin con voz que apenas alcanzaba a oír yo.—¿Acaso tengo yo la culpa?... ¿hago mal, pues?...

—No, hija; pero tu papá creyó que tu enfermedad necesitaba precauciones...

—¿Precauciones?... ¿no estoy buena ya?... ¿no creen que no volveré a sufrir nada? ¿Cómo puede Efraín ser causa de mi mal?

—Sería imposible... queriéndote tanto, y quizá más que tú a él.

María volvió la cabeza de un lado a otro, como respondiéndose algo a sí misma, y sacudiéndola en seguida con la ligereza con que solía hacerlo de niña, para alejar un recuerdo miedoso:

—¿Qué debo hacer?—preguntó.—Yo hago todo cuanto quieran.

—Carlos tendrá hoy ocasión de hablarte de sus pretensiones.

—¿A mí?

—Sí, oye: le dirás, conservando por supuesto toda la serenidad que te sea posible, que no puedes aceptar sus proposiciones aunque te honran, porque eres muy niña, dejándole conocer que te causa verdadera pena dar esa negativa.

—Pero será cuando estemos reunidos todos.

—Sí—le respondió mi madre, complacida del candor que revelaban su voz y sus miradas,—creo que merezco seas muy condescendiente para conmigo.

A lo cual nada repuso. Acercando con el brazo derecho la cabeza de mi madre a la suya, permaneció así unos instantes, mostrando en la expresión de su rostro la más acendrada ternura. Cruzó apresuradamente el aposento y desapareció tras las cortinas de la puerta que conducía a su habitación.

XXVI

Impuesta mi madre de nuestro proyecto de caza, hizo que se sirviera temprano el almuerzo a Carlos, a Braulio y a mí. No sin dificultad, logré que el montañés se resolviera a sentarse a la mesa, de la cual ocupó la extremidad opuesta a la que teníamos entre manos. Carlos decía:

—Braulio responde de que la carga de mi escopeta está perfectamente graduada, pero continúa «ranchado» en que no es tan buena como la tuya, a pesar de que son de una misma fábrica, y de haber disparado él mismo con la mía sobre una cidra, logrando introducirle cuatro postes. ¿No es así, mi amigo?—terminó dirigiéndose al montañés.

—Yo respondo—contestó éste,—de que el patrón matará a setenta pasos un pellar con esta escopeta.

—Pues veremos si mato un venado. ¿Cómo dispones la cacería?—agregó dirigiéndose a mí.

—Eso es sabido; como se dispone siempre que se quiere terminar la faena cerca de la casa; Braulio sube al pie de derrumbo con sus perros de levante; Juan Angel queda en puesto dentro de la quebrada de la honda con dos de los cuatro perros que he mandado traer de Santa Elena; tu paje, con los otros, esperará en la orilla del río, para evitar que se nos escape el venado abandonado a la Novillera; tú y yo estaremos listos para acudir al punto que convenga.

El plan pareció bueno a Braulio, quien después de ensillarnos los caballos, ayudado por Juan Angel, se puso en marcha con éste para desempeñar la parte que le tocaba en la batida. Mi caballo refinto, que yo montaba, golpeaba el empedrado cuando íbamos a salir ya; impaciente por lucir sus habilidades, arqueado el cuello, fino y lustroso como el raso negro, sacudía sus crespas crines. Carlos iba caballero en un quiteño.

Recomendada al señor de M*** la mayor atención, por si el venado venía al huerto, como nos lo prometíamos, salimos del patio para emprender el ascenso de la falda, cuyo plan inclinado terminaba a treinta cuadras (1) hacia el oriente, al pie de las montañas.

Al pasar dando la vuelta a la casa, por frente a los balcones del departamento de Emma, María estaba apoyada en el barandal de uno de ellos: parecía hallarse en uno de aquellos momentos de distracción a que con frecuencia se abandonaba.

Eloísa, que se hallaba a su lado, jugaba con los bucles destrenzados y espesos de la cabellera de su primo. El ruido de nuestros caballos y ladridos de los perros, sacaron a María de su enajenamiento, a tiempo que yo la saludaba por señas y que Carlos me imitaba. Noté que ella permanecía en la misma posición y sitio hasta que nos internamos en la cabaña de la Honda; Mayo nos acompañó hasta el primer torrente de la falda.

(1) Cuadra se toma por calle y de ahí ha pasado á significar cien varas.

da que vadeamos; allí, deteniéndose como a reflexionar, regresó a galope corto hacia la casa.

—Oye—le dije a Carlos, luego que se pasó una media hora, durante la cual le referí sin descansar los más importantes episodios de las cacerías de venados que los montañeses y yo habíamos hecho,—oye, los gritos de Braulio y los alaridos de los perros prueban que han levantado.

Las montañas los repetían; y si se callaban ratos, empezaban de nuevo con mayor fuerza y a menor distancia. Poco después descendió Braulio por la orilla limpia del bosque de la cañada. No bien estuvo al lado de Juan Angel, soltó los dos perros que éste llevaba de cabestro y los detuvo por unos momentos del pestorejo, hasta que se persuadió que la presa debía estar cerca del paso en que nos hallábamos: animólos entonces con repetidos gritos y desaparecieron veloces.

Carlos, Juan Angel y yo nos desplegamos en la falda. A poco vimos que empezaba a atravesarla, seguido de cerca por uno de los perros de José, el venado, que bajó por la cañada menos de lo que nos habíamos supuesto. A Juan Angel le blanqueaban los ojos, y al reír, dejaba ver hasta las muelas de su fina dentadura. Sin embargo de haberle ordenado que permaneciera en la cañada, por si el venado volvía a ella, atravesó con Braulio, y casi apareado con nuestros caballos los pajonales y rambblas que nos separaban del río. Al caer a la vega el venado, los perros perdieron el rastro, y él ascendió en vez de bajar. Carlos y yo echamos pie a tierra para poder ayudar a Braulio en el fondo de la vega. Perdida más de una hora en idas y venidas, oímos al fin los ladridos de un perro, los cuales nos dieron esperanza de que se hubiera hallado de nuevo la pista. Pero Carlos juraba, al salir de un bejucal, en que se había metido sin saber cómo ni cuándo, que el bruto de su negro había dejado ir la pieza río abajo. Braulio, a quien habíamos perdido de

vista hacia rato, gritó con voz tal que a pesar de la distancia pudimos oírlo:

—Allá va, allá va; dejen uno con escopeta allí: sálganse a lo limpio, porque el venado se vuelve a la Hoonda.

Quedó el paje de Carlos en su puesto, y éste y yo fuimos a tomar nuestros caballos. La pieza salía entonces de la vega, a gran distancia de los perros, y descendía hacia la casa.

—Apéate—grité a Carlos,—y espérale sobre el cerco.

Hízolo así, y cuando el venado se esforzaba fatigado ya por brincar el vallado del huerto, disparó sobre él; el venado siguió; Carlos se quedó atónito. Braulio llegó en aquel momento, y yo salté del caballo, entregándole las bridas a Juan Angel. De la casa veían todo lo que estaba pasando. Don Jerónimo salvó, escopeta en mano, la baranda del corredor, y al ir a disparar sobre el animal, se enredó los pies dichosamente en las plantas de una era, haciéndolo caer a tiempo que mi padre le decía:

—¡Cuidado! ¡cuidado! mire usted que por ahí vienen todos.

Braulio siguió de cerca al venadito, evitando así que los perros lo despedazasen. El animal entró al corredor desalentado y tembloroso, y ahogado, se acostó debajo de uno de los sofás, de donde lo sacaba Braulio cuando Carlos y yo llegábamos ya a buen paso. La partida había sido divertida para mí; pero él procuraba en balde ocultar la impaciencia que le había causado errar tan bello tiro. Emma y María se aproximaron tímidamente a tocar al venadito, suplicando que no le matásemos; parecía entender que lo defendían, pues las miró con ojos húmedos y asombrados, bramando como acaso lo solía hacer para llamar a su madre. Quedó indultado, y Braulio se encargó de atramojarlo y ponerlo en sitio conveniente. Luego, Mayo se acercó al prisionero, lo olió a la distancia que la prudencia exigía, y volviendo a tenderse en el salón, apoyó la cabeza sobre las manos

con la mayor tranquilidad, sin que bastase tan exótica conducta a privarle de una caricia mía. Poco después, al despedirse Braulio de mí para volver a la montaña, me dijo:

—Su amigo está furioso, y yo soy quien le he puesto así, para vengarme de la chacota que hizo de mis perros esta mañana.

Yo le pedí me explicase lo que decía:

—Me supuse—continuó Braulio,—que usted le cedería el mejor tiro, y por eso dejé la escopeta de don Carlos sin municiones cuando me la dio para cargar.

—Has hecho muy mal—observé.

—No lo volveré a hacer, y menos con él, porque creo que no cazaré más con nosotros... ¡Ah! La señorita María me ha dado mil recados para Tránsito: le agradezco tanto esté gustosa de ser nuestra madrina... y no sé qué hacer para manifestárselo; usted es quien debe decírselo.

—Lo haré así; pierde cuidado.

—Adiós—dijo tendiéndome francamente la mano, sin dejar por eso de tocarse el ala del sombrero con la otra;—hasta el domingo.

Salió del patio llamando a sus perros con el silbido agudo que empleaba en tales casos, oprimiendo con el índice y el pulgar el labio inferior.

XXVII

Hasta entonces había conseguido que Carlos no me hiciera confianza alguna sobre las pretensiones que en mal hora para mí le habían llevado a casa. Mas así que nos encontramos solos en mi cuarto, donde me llevó pretextando deseo de descansar y de que leyésemos algo, le conocí que iba a ponerme en la difícil situación que tanto había temido y de la cual había logrado escapar hasta allí, a fuerza de maña. Se acostó en mi cama quejándose de calor; y como le dije que iba a mandar que nos trajeran algunas frutas, obser-

vó que le hacían daño desde que había sufrido intermitentes. Acerquéme al estante, preguntándole qué deseaba que leyésemos.

—Hazme el favor de no leer nada—me contestó.

—¿Quieres que tomemos un baño en el río?

—El sol me ha producido dolor de cabeza.

Le ofrecí álcali para que absorbiera.

—No, no; esto pasa—respondió rehusándolo.

Golpeándose luego las botas con el látigo que tenía en la mano:

—Juro no volver a cacería de ninguna especie. ¡Caramba! mire usted que errar ese tiro...

—Eso les sucede a todos—le observé, acordándome de la venganza de Braulio.

—¿Cómo a todos? Errarlo a un venado a esa distancia, solamente a mí me sucede.

Tras un momento de silencio, dijo buscando algo con la mirada en el cuarto:

—¿Qué se han hecho las flores que había ayer? Hoy no las han repuesto.

—Si hubiera sabido que te complacía verlas ahí, las habría hecho poner. En Bogotá no eras aficionado a las flores.

Y me puse a hojear un libro que estaba abierto sobre la mesa.

—Jamás lo he sido—contestó Carlos,—pero... no leas, hombre. Mira: hazme el favor de sentarte aquí cerca, porque tengo que referirte cosas muy interesantes. Cierra la puerta.

Me ví sin salida; hice un esfuerzo para preparar mi fisonomía lo mejor que me fuera posible en tal lance, resuelto en todo caso a ocultar a Carlos lo enorme que era la necedad que cometía haciéndome sus confianzas. Su padre, que llegó en aquel momento al umbral de la puerta, me libró del tormento a que iba a sujetarme.

—Carlos—dijo don Jerónimo desde fuera,—te necesitamos acá.

Había en el tono de su voz algo que me pareció significar «eso está muy adelantado».

Carlos se figuró que sus asuntos marchaban glo-

riosamente. De un salto se puso en pie, confesando:

—Voy al momento.

Y salió.

A no haber yo fingido leer con la mayor calma en aquellos instantes, probablemente se habría acercado a mí, para decirme sonriendo: «En vista de la sorpresa que te preparo, vas a perdonarme que no te haya dicho hasta ahora, etc.» Mas yo debí de parecerle tan indiferente a lo que pasaba como traté de fingirlo; lo cual fué conseguir mucho. Por el ruido de las pisadas de la pareja, conocí que entraban en el cuarto de mi padre.

No queriendo verme de nuevo en peligro de que Carlos me hablase de sus asuntos, me dirigí a los aposentos de mi madre. María se hallaba en el costurero: estaba sentada en una silla de conchas, de la cual caía como espuma su falda de muselina blanca; la cabellera, sin trenzas aún, rodábale en bucles sobre los hombros. En la alfombra que tenía a los pies, se había quedado dormido Juan, rodeado de sus juguetes. Ella con la cabeza ligeramente echada atrás, parecía estar viendo al niño; habiéndosele caído de las manos el linón que cosía, descansaba sobre la alfombra. Apenas sintió pasos, levantó los ojos hacia mí: pasóse por las sienes las manos, para despejarlas de cabellos que no las cubrían, y vergonzosa, se inclinó con presteza a recoger la costura.

—¿Dónde está mi madre?—la pregunté dejando de verla para admirar la hermosura del niño dormido.

—En el cuarto de papá.

Y hallando en mi rostro lo que ocultó tímidamente al decir esto, sus labios intentaron sonreír.

Medio arrodillado yo, enjugaba con mi pañuelo la frente al chiquillo.

—¡Ay!—exclamó María,—¿acaso caí en cuenta de que se había dormido? Voy a acostarlo.

Y se acercó a tomar a Juan. Yo le alzaba ya

besé los labios de Juan, entreabiertos y purpúreos en mis brazos y María lo esperaba en los suyos; rinos, y aproximando su rostro al de María, posó ella los suyos sobre esa boca que sonreía al recibir nuestras caricias; cuando tal hizo, lo estrechó tiernamente contra su pecho. Salió para volver momentos después a ocupar su asiento, junto al cual había yo colocado el mío. Arreglaba ella los utensilios de su caja de costura, cuando la dije:

—¿Has hablado con mi madre hoy tocante a cierta proposición de Carlos?

—Sí—respondió, prolongando, sin mirarme, el arreglo de la cajita.

—¿Qué te ha dicho? Deja eso ahora y hablemos formalmente.

Buscó aún algo en el suelo, y tomando por último un aire de afectada seriedad, que no excluía el vivo rubor de sus mejillas ni el mal velado brillo de sus ojos, contestó:

—Muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Esas que usted aprobó que ella me dijera.

—¿Yo? ¿Y por qué me trata de usted hoy?

—Porque algunas veces me olvido...

—Dí las cosas de que te habló mi madre.

—Si ella no me ha mandado que las diga... Pero lo que yo le respondí, se puede contar.

—Bueno; a ver.

—Le dije que... Tampoco se pueden decir esas.

—Ya me lo dirás en otra ocasión, ¿no es verdad?

—Sí; hoy no.

—Mi madre me ha manifestado que estás animada a contestar a él lo que debes, a fin de que comprenda que estimas en lo que vale el honor que te hace.

Miróme entonces fijamente sin responderme.

—Así debe ser—continué.

Bajó los ojos y continuó guardando silencio, distraída al parecer en clavar las agujas en su almohadilla.

—María, ¿no me has oído?—agregué.

—Sí.

Y volvió a buscar mis miradas, que me era imposible separar de su rostro. Vi entonces que sus pestañas brillaban lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras?—le pregunté.

—No, si no lloro... ¿Acaso he llorado?

Y tomando mi pañuelo, se enjugó precipitadamente los ojos.

—Te han hecho sufrir con eso. ¿Verdad? Si has de poner triste, no hablemos de ello.

—No, no; hablemos.

—¿Es mucho sacrificio resolverte a oír lo que te dirá hoy Carlos?

—Yo tengo que darle a mamá gusto; pero ella me prometió que me acompañarían. Estarás ahí, ¿no es cierto?

—¿Y para qué? ¿Cómo tendrá ocasión de hablarle él?

—Pues estarás tan cerca cuanto sea posible.

Y poniéndose a escuchar.

—Es mamá que viene—continuó poniendo una mano suya en las mías, para dejarla tocar de mis labios, como solía hacerlo cuando quería hacer completa, al separarnos, mi felicidad de algunos minutos.

Entró mi madre, y María, ya en pie, me dijo:

—¿El baño?

—Sí—la repuse.

—¿Y las naranjas cuando estés allá?

—Sí.

Mis ojos debieron de completar tan firmemente como mi corazón lo deseaba, estas respuestas, pues ella, satisfecha de mi disimulo, sonreía al oírlos.

Estaba acabando de vestirme a la sombra de los naranjos del baño, a tiempo en que don Jerónimo y mi padre, que deseaba enseñarle el mejor adorno de su jardín, llegaron a él. El agua estaba a nivel con el chorro, y se veían en ella sobrenadando o errantes en el fondo diáfano, las rosas que Estéfana había derramado en el estanque. Era Estéfana una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacían simpática para todos. Tenía un afecto fan-

tico por su señorita María, la cual se esmeraba en hacerla vestir graciosamente. Llegó Estéfana poco después que mi padre y el señor de M***, y convencida de que podía acercarse ya, me presentó una copa que contenía naranja preparada con vino y azúcar.

—Hombre, su hijo de usted vive aquí como un rey—dijo don Jerónimo a mi padre.

Este le repuso, a tiempo que daban vuelta al grupo de naranjos para tomar el camino de la casa:

—Seis años ha vivido como estudiante, y le falta por vivir así cuatro o cinco cuando menos.

XXVIII

Aquella tarde, antes que se levantasen las señoras a preparar el café, como lo hacían siempre que había extraños en casa, traje a conversación la pesca de los niños y referí la causa por la cual les había ofrecido presenciar aquel día la armadura de los anzuelos en la quebrada. Se aceptó mi propuesta de elegir tal sitio para pasear. Solamente María me miró, como diciendo: «¿Con que no hay remedio?» Atravesamos ya el huerto. Había sido necesario esperar a María y que mi hermana fuese a averiguar la causa de su demora. Daba yo el brazo a mi madre. Emma rehusó cortésmente apoyarse en el de Carlos, so pretexto de llevar de la mano a uno de los niños. María lo aceptó casi temblando, y al poner la mano en él, se detuvo a esperarme; apenas fué posible significarle que era necesario no vacilar. Habíamos llegado al punto de la ribera, donde en la hoya de la vega, alfombrada de fina grama, sobresalen de trecho en trecho piedras negras manchadas de musgos blancos. La voz de Carlos tomaba un tono confidencial: hasta entonces había estado sin duda cobrando ánimo y empezaba a dar rodeo para tomar buen viento. María intentó detenerse otra vez: en sus miradas a mi